

SAN MARTÍN DE TOURS Y EL PRISCILIANISMO

*Antonio García Masegosa.
Universidade de Vigo*

RESUMEN

El presente trabajo trata de demostrar mediante la aportación de una serie de textos, no sólo que las ideas de Martín estaban próximas a las defendidas por los priscilianistas de la época, sino que en otras circunstancias de lugar hubiera pasado perfectamente por uno de ellos. Aporta, además, un breve estudio histórico sobre el origen del priscilianismo y su doctrina, imprescindibles para que el lector no avezado en el tema pueda comprender las afirmaciones que se hacen en las conclusiones.

ABSTRACT

Through the presentation of a series of texts, the paper tries to prove not only that St. Martin's views were close to those defended by the Priscillianists at the time, but also that he could have been easily taken for a Priscillianist if he had lived somewhere else. Besides, the paper includes a brief historical study of the origins and the doctrine of Priscillianism, which will help the reader to understand the paper's final conclusions.

INTRODUCCIÓN

El tema que proponemos podría parecer baladí fuera del contexto y del marco de la Galicia en que nos movemos. Pero Martín de Tours, además de ser el patrono de Ourense, lo que ya implica muchas connotaciones históricas para esta ciudad, es la advocación que marca muchos topónimos y lugares de culto, no sólo en Galicia sino en ese largo camino que la unió en su momento con el resto del continente. ¿Qué relaciones tuvo Martín con el priscilianismo? ¿Fue Martín de Tours priscilianista? Podemos hacernos este razonamiento: "El priscilianismo fue una herejía, Martín es un santo; si un santo no puede ser hereje, Martín no pudo ser priscilianista". Perfecto. Pero las cosas no son así de sencillas. Voy a hacer de abogado del diablo e intentaré llegar a unas conclusiones, a la vez que tendré que recordar un poco los orígenes y primer desarrollo de esta herejía tan enraizada en la antigua Galicia, aunque personalmente tengo serias dudas de que el priscilianismo, tal y

como lo conoció Martín, fuese una herejía peligrosa puesto que canónicamente aún no había sido condenado ni las cosas en la joven iglesia estaban tan claras y definidas que se pudiera trazar una línea que separara herejes de no herejes. Por lo demás, el concepto de herejía hay que contemplarlo desde el punto de vista del legislador -la Trinidad fue dogma de fe, pero igualmente pudo no serlo-, por ello lo que vamos a intentar determinar es si Martín era afín, próximo, simpatizante de los priscilianistas de su época. Si ello implicaba ser hereje, caso de serlo, es algo que en este trabajo no pretendemos tener en cuenta.

EL MARCO HISTÓRICO.

La Iglesia católica al final del siglo IV era una gran institución de estado que abarcaba toda la extensión del territorio del imperio romano. El gobierno imperial había protegido a los obispos, había eximido al clero de una gran parte de sus cargas fiscales, había hecho de cada obispo un juez civil para el territorio de su ciudad y, en occidente, quitaba a los tribunales la jurisdicción sobre los obispos. El imperio había prohibido los sacrificios a sus antiguos dioses y había cerrado los templos paganos en las ciudades, y los santuarios rurales iban a ser muy pronto destruidos. A ello colaboró en buena medida el propio Martín de Tours¹. El Estado perseguía a los herejes y a los maniqueos. La propia Iglesia había intervenido en muchas ocasiones para mantener la unidad en la fe y prevenir el cisma. La política imperial a partir del reinado de Constantino, exceptuando el periodo en que gobernó el emperador Juliano, llamado el Apóstata, tendía a conceder a la Iglesia el monopolio de la religión. La Iglesia, en la idea imperial, debía tener tantos fieles como súbditos el emperador, que pensaba que la prosperidad del Estado estaba mejor asegurada por la protección celestial que por la sagacidad humana y las medidas de la administración. Su política descansaba en gran parte en la fe y en la providencia.

Pero el gran proyecto de la unificación religiosa del Imperio no estaba realizado nada más que en parte en el año 380. En Hispania y en la Galia, aunque la población urbana era mayoritariamente cristiana, la mayoría de los campesinos continuaba siendo pagana. Por otro lado la Iglesia oficial no abarcaba a todos los cristianos ya que había bastantes sectas, de las que citaremos simplemente la de los novacianos, surgida hacia ya 130 años y aún viva, que reclamaba para sí el purismo doctrinal -se autonominaban los puros y los cátaros -, y la de los luciferianos, nacida en Hispania, donde tenía muchos partidarios sobre todo en la Bética y en la Lusitania, casualmente los lugares donde surgió el priscilianismo. Los pertenecientes a estas sectas forman grupos pequeños y es seguro que contribuyeron al nacimiento de la secta de Prisciliano, pero el factor determinante de este nacimiento fue, sin duda, el progreso que tuvieron en los países latinos entre los años 370 y 380 la vida espiritual y las instituciones ascéticas.

En estos momentos aparece como un evangelio nuevo que se extiende de Oriente hacia Occidente y que va conquistando progresivamente las provincias latinas. Es el evangelio de la virginidad y de la continencia. Sus grandes apóstoles en Italia fueron Ambrosio, obispo de Milán el 375, y el sacerdote Jerónimo, que se estableció en Roma y fue apadrinado por el Papa Dámaso. La doctrina que enseñaban se puede resumir en pocas palabras: En las relaciones sexuales, incluso en las legítimas, se produce una mancha, y los fieles que las realizan quedan, por lo menos durante una jornada, indignos de acercarse al cuerpo de Cristo. Los clérigos mayores a los que está confiado el culto divino y los que celebran el sacrificio tienen la obligación de mantenerse en un estado permanente de pureza. El estado matrimonial, aunque no es por completo culpable, tiene cierto matiz de culpabilidad y los casados son considerados fieles de tercer orden, ya que en segundo lugar -después de los

¹ Ver GARCÍA MASEGOSA, A.: *San Martín de Tours, patrono de Ourense, en los textos antiguos*. pp 36 - 37. *Vita Martini. XIII 1 - 9.*

siempre vírgenes - se encuentran los que han renunciado a todo tipo de vida sexual. Es una interpretación de la parábola del sembrador: "Un grano da el ciento, otro el sesenta y otro el treinta"². Cien los vírgenes, sesenta los continentes y los viudos y treinta los casados. Así pues el estado de castidad marca la suma excelencia entre las virtudes cristianas, es la virtud. Podría citar muchos textos al respecto, pero como estamos con Martín de Tours haremos referencia a las palabras que Sulpicio pone en su boca un día cuando caminaba con sus compañeros por un prado del que por un lado los bueyes habían comido la hierba, los cerdos habían hozado otra gran parte. El resto del prado, que permanecía intacto, daba una apariencia de verdor con flores que parecían pintadas. "Aquella zona", dijo Martín, "que ha sido comida por el ganado, aunque no perdió por completo la frescura de la hierba, pero no mantiene sin embargo la dignidad de las flores, se parece al matrimonio. Aquella que hozaron los inmundos puercos da la horrible imagen de la fornicación: el trozo restante, que no sufrió injuria alguna, muestra la belleza de la virginidad, está exuberante de hierbas, abunda en ella el fruto del heno, y se muestra radiante al margen de cualquier tipo de belleza, salpicada de flores que relucen como piedras preciosas. ¡Feliz apariencia y digna de Dios pues nada hay comparable a la virginidad! Así también aquellos que comparan el matrimonio con la fornicación están totalmente equivocados, y aquellos que piensan que el matrimonio es comparable a la virginidad son del todo miserables y estúpidos. Los sabios deben mantener esta distinción: que el matrimonio pertenece a la disculpa, la virginidad a la gloria, la fornicación a la condena, si no se paga con la penitencia."³

Bajo estas premisas surge el monacato, primero en Oriente y después en Occidente. Ya tenemos una primera dicotomía: por un lado los monjes imbuidos por estas nuevas ideas de pureza y ascetismo, por otro el clero, y entre ambos surge una hostilidad mutua. Los clérigos piensan que llegarán a Dios por la simple ordenación, los monjes por la práctica de la santidad. Cada una de estas dos aristocracias, la una sacramental, la otra puramente moral, no quería reconocer en la otra ningún rasgo de excelencia que no fuera el suyo. El clero, que en la Galia y en Hispania continuaba casándose, no estaba dispuesto ni a renunciar al matrimonio ni a ser considerado en el ranking espiritual de la iglesia como fieles de tercera división con una puntuación de 30 sobre 100. Y la forma más fácil y cómoda de defenderse fue la de llamar herejes a los monjes, sobre todo maniqueos, porque ¿Cómo se compaginaba aquel deseo de pureza con el mandato divino "Creced y multiplicaos" que aparece en las primeras páginas de la *Biblia*?⁴ Esta rivalidad se mantendría hasta que la autoridad eclesiástica reconociera el mérito de todas las profesiones religiosas y asignara a los continentes y a los monjes, igual que a las viudas y a las vírgenes, un segundo lugar detrás del clero en la escala honorífica de las iglesias. Pero esta conciliación no se iba a producir hasta el comienzo del siglo siguiente.

Resumamos la situación: Año 380. Las iglesias cristianas están turbadas por la predicación del ascetismo y divididas y enfrentadas entre defensores y detractores de los hombres que profesan como monjes. Los dos estamentos luchan por conseguir los obispados -recordemos que Martín tuvo que vencer, milagrosamente por cierto, la fuerte oposición de los obispos de las diócesis vecinas para poder ser consagrado obispo de Tours.⁵ En el terreno político Italia está gobernada por el emperador Valentiniano II, pero en Hispania y en la Galia manda el usurpador Máximo que ha asesinado a Graciano, asesinato por el que siempre tuvo que sufrir en cierto modo los chantajes del clero.

² *San Mateo*, XIII, 8.

³ Op. Cit. (n. 1) pp. 78 - 79. *Diálogo II*, X 3 - 6.

⁴ *Génesis I*, 22.

⁵ Op. Cit. (n. 1) pp. 32 - 33. *Vita Martini*, IX, 1 - 7.

LOS ORÍGENES DEL PRISCILIANISMO.

Volvamos un poco atrás en el tiempo y veamos cuáles fueron los orígenes del priscilianismo. En la época de Juliano el apóstata aparecen en la Galia los primeros monjes al estilo egipcio. Eran tanto eremitas como monjes itinerantes. Precisamente san Martín es el primer monje latino con nombre propio conocido. En Hispania las profesiones religiosas se multiplicaron de un modo alarmante entre el 370 y el 380: hombres solteros, casados, algunos sacerdotes y muchas jóvenes lo abandonaron todo y se dedicaron al ejercicio de la devoción personal. El clero de muchas diócesis, que vivía en estado de matrimonio, como ya hemos dicho, veía a estas personas con desconfianza y miedo. Como consecuencia de esta actitud en Hispania y en Aquitania los ascetas por un proceso natural empezaron a formar entre ellos grupos aislados que comenzaron a parecer sospechosos y daba la impresión de que estaba naciendo una nueva secta herética: los abstinentes.

Estos grupos iniciaron toda una serie de prácticas rigoristas, reduciendo su alimentación al mínimo y ampliando al domingo los habituales días de abstinencia, que eran el miércoles y el viernes. En tiempo de cuaresma hacían una penitencia extrema que llegaba al aislamiento total, lo que, además, irritaba al clero, porque no acudían a sus celebraciones religiosas.

A uno de estos grupos de *abstinentes* pertenecía en el año 380 el laico hispano Prisciliano y no hay ninguna razón para pensar que él fuera en ese momento el jefe del mismo. Eran gentes de buena familia, algunos ricos y bastantes de ellos cultos. Su voto, sin duda no pronunciado, *era entregarse por entero a Dios o convertirse a Dios*. Estos hombres religiosos que habían tomado resoluciones comunes y que habían dejado de ser hombres del siglo para convertirse en hombres de Cristo, formaban una asociación estrechamente unida. Se llamaban hermanos unos a otros. Durante algunos años este grupo vivió en Mérida y había entre ellos una estrecha unión de corazón y de espíritu con el sentimiento de ser todos un solo cuerpo. Cuando se les acusó, en razón del carácter un poco misterioso de sus reuniones, de tener dogmas secretos, ellos rechazaron ser herejes y presentaron su defensa en común, sobre todo en el escrito llamado *Profesión de fe o Apología* en el que podemos ver que todos profesaban la misma fe y las mismas ideas.

Pronto tuvieron adeptos en gran parte de las diócesis de Hispania e incluso en algunas ciudades de Aquitania, como Euze en Burdeos. En el grupo había un hombre ilustre llamado Attius Tiro Delphidius, hijo del gran retor Attius Patera, que había enseñado en Burdeos y Roma. Para los enemigos de la secta pasaba por ser el jefe. Su esposa Eucrotia y su hija Prócula habían abandonado como él los honores mundanos. ¿Fue en un principio Delfidius el fundador de la secta y maestro de Prisciliano? No podemos responder, pero si es cierto que puso al servicio de la obra común su gran elocuencia y su prestigio de autor célebre.

Es seguro que la secta enraizó muy pronto en la Galaecia -recordemos que la Galaecia de entonces era geográficamente más extensa que la actual Galicia- ya que el obispo metropolitano de la provincia, Symposius de Astorga, era amigo de Prisciliano y le apoyó abiertamente el año 380 en sus disputas con el obispo de Mérida.

Pero esta comunidad no tenía como exclusivo fin el llevar a sus miembros a la vida perfecta. Había una segunda intención: hacerlos dignos del sacerdocio y, lo que es más importante, del episcopado. La táctica es clara: conseguir los obispados para no tener que enfrentarse a los obispos. Antes del 380 dos miembros del grupo, Salviano e Instancio, ya habían sido elegidos obispos, otros en la diócesis de Mérida y en algunas otras gobernaban parroquias como sacerdotes. En la Galia y aún más en Hispania la elección de párrocos e incluso de obispos; se hacía a veces por aclamación popular, y el éxito de los candidatos priscilianistas demuestra que se habían ganado la confianza del pueblo. Fueron los movimientos populares los que llevaron en España y en la Galia a estos

hombres de Cristo a la cabeza de las iglesias. Recordemos que Martín de Tours llegó al episcopado por aclamación popular.

Pero recordemos también que la institución del episcopado era totalmente contraria a este nuevo sistema. En efecto, muchos llegaban al grado de obispos desde el ejército o la administración; a veces una persona pasaba directamente de la silla de magistrado a la cátedra de obispo. El episcopado así entendido era una especie de magistratura, después que Constantino había convertido a los obispos en jueces civiles de sus diócesanos y una de sus ocupaciones más importantes era dirigir los procesos. Se comprende que los ciudadanos quisieran tener como obispos a hombres versados en derecho y que los eligieran con frecuencia entre los funcionarios. El más alto cargo de la Iglesia parecía haber perdido así cierto carácter religioso. Si a esto añadimos que la mayor parte de ellos se enriquecía sin desdoro y vivía de forma nada humilde, podemos entender que las personas creyentes pensasen en la necesidad de una reforma y sin duda fueron los priscilianistas quienes la intentaron mediante la institución monástica. Martín no fue ajeno al problema ya que él, antiguo monje, fue elegido obispo de Tours por aclamación; de su monasterio de Marmoutier salieron muchos párrocos para su diócesis y algunos obispos para otras diócesis de la región.

El conflicto entre los obispos tradicionales y los monacales tenía que salir por fin a la luz. Fue el obispo de Córdoba, Higinio, el primero en dar la voz de alarma. Excomulgó por su cuenta a los hermanos de su diócesis y pidió a Hydacio, obispo de Mérida y metropolitano de la Lusitania que hiciese lo mismo. Sin embargo Higinio se retractó de su actitud y perdonó a los priscilianistas, pero no así el obispo emeritense que se iba a convertir en su principal perseguidor.

El problema abocó en la convocatoria de un concilio en Zaragoza, hacia el 1 de octubre del 380, al que acudieron Hydacio, Itacio, Symposio de Astorga, siete obispos españoles más y dos aquitanos. Vamos a ahorrar detalles, pero el Concilio, haciendo gala de un espíritu de paz y moderación, y aunque declaró que había cierto motivo de alarma, no condenó a los abstinentes, que salieron tan reforzados que poco después Prisciliano, uno de los dos laicos a los que se pretendía condenar, fue nombrado obispo de Ávila. Los obispos Instancio y Salviano lo ordenaron y lo consagraron.

A partir de este momento Prisciliano empieza a ser considerado como el cabeza de la secta; su autoridad se agranda y acaba siendo el maestro y el jefe. Sus escritos fueron leídos con avidez y, después de su muerte, serían considerados como dignos de veneración.

LA DOCTRINA PRISCILIANISTA.

No sabemos casi nada de la vida de Prisciliano antes de llegar a obispo. Pertenecía a una familia noble, de rango senatorial y cristiana. Ciertos indicios hacen suponer que era lusitano y que habitaba en Mérida. Es muy probable que estudiara en Burdeos que era el principal centro escolar de la prefectura de las Galias, donde debió conocer al retor Delphidius y a Sulpicio Severo, el biógrafo de Martín.

Los que han leído sus obras no le reconocen demasiado talento, si bien en algunos momentos de dos de ellas, *Tratados de la fe y de los apócrifos* y *Los cánones sacados de las cartas del apóstol Pablo*, se revelan algunas de las dotes naturales que elogia Sulpicio.

Sería muy largo explicar la doctrina priscilianista, al margen de que no es el momento. Si fuera posible hacerlo brevemente deberían bastar las palabras de Prisciliano: "Tendemos a la consecución de la santidad, a ser dignos del gobierno de las almas, a edificar el cuerpo de Cristo".

Su pensamiento no es ni variado ni profundo. Se repite constantemente. Todas las declaraciones de sus dos *Apologías*, todas las exhortaciones de sus discursos religiosos se reducen a dos o tres ideas simples con las que parece estar obsesionado. Su religión es

todo sentimiento. El cristianismo no es para él un cuerpo de doctrinas, un conjunto de soluciones a los problemas, sino una fe y una forma de vida interior.

Voy a terminar el capítulo transcribiendo algunas de sus frases: *"El Dios Cristo es toda nuestra fe, toda nuestra vida, todo nuestro culto". "Para nosotros vivir es Cristo, la vida es Cristo, la fe es Cristo". "El Dios Cristo declara que nosotros somos su templo y Él quiere habitarlo". "Los cuerpos de los santos son templos de Dios o del Espíritu".* Y esto se traduce en la práctica en mantener digno el cuerpo-templo de Cristo huyendo de sus enemigos que son la carne, las riquezas y los honores.

EL DESENLACE.

Ninguna ciudad podía entender mejor que Ávila la predicación de Prisciliano. Batida entre el cielo y la tierra, sobre la más alta plataforma de la futura Castilla, en un semidesierto de piedras brillantes Ávila estaba predestinada para el misticismo. Ella daría a la España católica santos de la talla de santa Teresa o el beato Juan de Ávila. En esta ciudad exhortó el nuevo obispo, Prisciliano, a sus fieles a detestar el mundo, a renunciar a sus obras y a vivir en la conversación con el Cielo.

Pero las decisiones del Concilio de Zaragoza habían sido sólo una tregua. Las esperanzas de Prisciliano de quedar al margen de la sospecha de herejía y de dedicarse exclusivamente a sus labores pastorales duraron muy poco porque surgieron en Mérida nuevos incidentes y se reavivó la querrela. Al frente del bloque que podemos llamar oficial estaban Hydacio, el obispo de Mérida, e Itacio, prelado de Ossonoba, mientras que Delfidio y los obispos Instancio, Salviano y Prisciliano eran los jefes priscilianistas, aunque Delfidio murió muy pronto.

Acusados de herejía intentaron ser recibidos por el papa Dámaso, quien no se dignó recibirlos. Tampoco lo hizo Ambrosio, el obispo de Milán. Fueron ellos quienes intentaron reivindicarse ante el poder civil. Por fin se les juzgó severísimamente en Tréveris el año 385 donde acudieron muchos obispos españoles y galos. Sólo fueron juzgadas, además de Prisciliano, cinco personas: la viuda de Delfidio, Eucroctia, el poeta Latronio, que era aquitano, dos clérigos recientemente reclutados llamados Armenio y Felicísimo, e Instancio. Fueron los acusadores los ya mencionados obispos Hydacio e *Itacio*, que lucharon más allá de lo que era conveniente, llevados por el afán de vencer. *Itacio*, en palabras de Sulpicio Severo, *nada tenía de serio, ni de responsable: efectivamente fue audaz, charlatán, desvergonzado, ostentoso, demasiado entregado al vientre y a la gula. Había llegado a tal extremo de estupidez que acusaba como camaradas o discípulos de Prisciliano a todos los santos varones que se dedicaban a la lectura o se marcaban el ascetismo como objetivo. Incluso tuvo el desgraciado el atrevimiento de acusar por aquellos días abiertamente del crimen de herejía a Martín, pues entonces Martín, residente en Tréveris, no dejaba de insistir ante Itacio para que desistiera de la acusación, de pedir a Máximo que se abstuviera de decretar la muerte de aquellos desdichados; decía que era suficiente y bastaba con que los herejes, juzgados según las normas de los obispos, fuesen expulsados de sus iglesias, que era un crimen nuevo e inaudito que un juez seglar juzgase un asunto de la Iglesia.*⁶

Finalmente, mientras Martín permaneció en Tréveris, se aplazó la vista, y después, cuando se disponía a marcharse, con su gran prestigio obtuvo del emperador Máximo la promesa de que no tomaría ninguna medida sangrienta contra los reos. Pero después de su marcha, el emperador, pervertido por los obispos Magno y Rufo, apartándose de su actitud benigna, confió el proceso al prefecto Evodio, hombre enérgico y severo, quien después de escuchar a Prisciliano por dos veces en juicio y declararlo convicto de maleficio, lo declaró

¹ Op. Cit (n. 1) p. 104 *Crónica*, L.

culpable y lo encarceló hasta informar al emperador. Cuando en palacio se tuvo conocimiento de lo que había sucedido, el emperador decidió que convenía condenar a Prisciliano y sus compañeros. Todos fueron condenados a muerte y ejecutados, excepto Instancio, que fue desterrado.

El emperador Máximo, que, como hemos dicho, era un poco presa de los obispos a causa del asesinato de su predecesor, después de la muerte de Prisciliano protegía con su regia potestad al obispo Hydacio, acusador de Prisciliano, y a otros compañeros suyos.

Entre tanto Martín, obligado a ir a la corte por algunos graves problemas, se vio inmerso en el propio huracán de todo el proceso. Los obispos se mantenían reunidos en Tréveris. Comunicándose todos los días con Hydacio habían hecho causa común con él. Cuando se les anunció que Martín se había presentado empezaron a murmurar y a temblar. Por su parte, el día anterior el emperador, siguiendo su consejo, había decidido enviar a Hispania con sumos poderes a los tribunos armados para que buscaran a los herejes priscilianistas y, una vez capturados, les quitaran vida y hacienda. Y no había duda de que esta coyuntura se hubiese llevado por delante un gran número de hombres sin hacer distinción entre las personas, pues entonces se juzgaba sólo con los ojos de modo que alguien podía parecer herético más por su vestidura o su palidez que por su fe.

Los obispos comprendían que estas decisiones en modo alguno iban a agradar a Martín. Por su mala conciencia estaban preocupados de que, si venía, se abstendría de estar con ellos, ya que no habrían de faltar quienes se pondrían del lado de Martín, frente a su autoridad. Juntamente con el emperador toman la decisión de enviar a su encuentro oficiales prohibiéndole que se aproxime a la ciudad, a no ser que declarara que iba a estar de acuerdo con la paz de los obispos que estaban en ella. Martín recibe esta embajada en el camino y engañándolos con astucia, declara que irá con la paz de Cristo. Finalmente entró en la ciudad de noche y se marchó a la iglesia a orar. Al día siguiente se encaminó a palacio. Además de otras muchas peticiones, que sería largo enumerar, tenía principalmente la de interceder por el conde Narses y el presidente Leocadio, que habían sido partidarios de Graciano y se habían ganado la ira del vencedor. La principal preocupación de Martín era que no fuesen enviados a Hispania tribunos con poder sobre las vidas: tenía Martín la piadosa preocupación de librar no sólo a los cristianos, que iban a ser vejados en aquella ocasión, sino también a los mismos herejes. Pero el primer día y el siguiente el astuto emperador le tiene entretenido, sobre todo porque contaba con las riquezas que iban a ser expropiadas a los priscilianistas hispanos.

Entre tanto los obispos se ponen más nerviosos, acuden temblorosos ante el emperador quejándose de haber sido condenados de antemano: decían que se había tomado una decisión sobre la totalidad del asunto, si prevalecía la autoridad de Martín; que no había sido oportuno recibir dentro de los muros a nuestro hombre, que él era no ya el defensor de los herejes sino su abogado; que nada se había logrado con la muerte de Prisciliano si Martín actuaba como su vengador. Finalmente, postrados entre lágrimas y lamentos imploran de la potestad regia que use su fuerza contra nuestro hombre. Y no faltó mucho para que el emperador se viese obligado a unir la suerte de Martín con la de los herejes. Pero él, aunque estaba obligado con los obispos por muchos favores, no desconocía que Martín superaba a todos los mortales en fe, santidad y virtud; se dispone a vencer al Santo por otro camino diferente. En primer lugar, llamándolo aparte en secreto, apela a él con delicadeza: le dice que los herejes han sido condenados siguiendo la costumbre de los juicios públicos más que por la incitación de los sacerdotes; que no había ninguna razón por la que pensara que había que condenar el estar de acuerdo con las ideas de Hydacio y los restantes de su grupo; que incluso el sínodo celebrado pocos días antes había proclamado que Hydacio no era culpable. Como no lograrse conmover a Martín con estos argumentos, Máximo se encolerizó y se alejó de su presencia y poco después son enviados ejecutores contra aquellos por los que Martín había intercedido.

Cuando Martín conoció esto ya era de noche; se dirige a palacio; promete que permanecerá en comunión con tal de que se haga volver a los tribunos enviados ya a Hispania para aniquilar las iglesias. Sin tardanza Máximo accede a todas las peticiones de Martín aunque ello le suponía la pérdida de la gran cantidad de dinero que pensaba obtener con la confiscación de los bienes de los priscilianistas de Hispania.

Para el día siguiente se preparaba la consagración del obispo Félix. Martín inició la comunión de este día estimando más conveniente ceder en aquel momento que no preocuparse por la vida de aquellos sobre cuyas cabezas amenazaba la espada. Sin embargo, aunque fue violenta la fuerza con que insistieron los obispos, no pudo ser obligado a autenticar con su firma la comunión. Al día siguiente se marcha de allí; volviendo triste se lamentaba en el camino por haberse visto mezclado incluso por un tiempo con aquella indigna comunión.⁷

Durante los dieciséis años que vivió después de aquel incidente no asistió a sínodo alguno y se mantuvo alejado de todas las reuniones de los obispos.

En relación con el final de la secta priscilianista, no bastó cortar la aparente cabeza para acabar con un fenómeno tan arraigado. Los cuerpos de los ajusticiados fueron conservados y unos tres años después transportados con todos los honores a Hispania, posiblemente a la Gallaecia, donde fueron recibidos como mártires. El episcopado gallego casi al completo, por lo menos diez obispos, inscribieron los nombres de estos mártires en el sacramentario de sus iglesias.

La herejía priscilianista siguió viva en Galicia hasta el punto de que el Concilio I. de Braga, celebrado en mayo del año 561, se ve en la necesidad de condenarla en sus conocidos 17 capítulos que acaban *"...como dijo Prisciliano, sea anatema"*.⁸

CONCLUSIONES.

Después de esta larga exposición de doctrinas y hechos, pero absolutamente necesaria para que el lector pueda comprobar la veracidad de las conclusiones, ahorrándose el trabajo de buscar uno por uno los textos de donde proceden, volvemos al principio. ¿Fue Martín priscilianista? Todo parece indicar que sí. Vamos a enumerar los argumentos:

1º.- Martín es un acérrimo defensor de la continencia sexual, como hemos visto en el párrafo que he transcrito y como podríamos comprobar en otros que hay a lo largo de la biografía, como el elogio de una monja,⁹ o la prohibición a un eremita de ver a su legítima esposa.¹⁰

2º.- Martín es el primer eremita conocido de Occidente y fundador del monasterio de Marmoutier, en el que vivió incluso después de ser consagrado obispo.

3º.- Una de las misiones principales de este monasterio era proveer de sacerdotes célibes a las parroquias, e incluso el monje Bricción, formado en este monasterio, llega a obispo de Tours. El biógrafo de Martín, Sulpicio Severo, refiriéndose a los moradores del monasterio, dice: *"Y lo que es más digno de admiración es que muchos de ellos eran personas nobles que, educados de modo bien diferente, se habían plegado a esta forma de vida humilde y mortifi a muchos de ellos los hemos visto posteriormente como obispos. ¿Qué ciudad o iglesia no desearía para ella tener un sacerdote procedente del monasterio*

⁷ Op. Cit. (n. 1) pp. 95 - 98. Diálogo III, XI - XIII.

⁸ En el libro *San Martín de Tours en su época* (ver bibliografía) dedicamos un capítulo, el XI, pp. 109 - 117, al conflicto priscilianista dentro de la biografía de Martín.

⁹ Op. Cit. (n. 1) pp. 80 - 81 *Diálogo II*, XII, 1 - 11.

¹⁰ Op. Cit. (n. 1) pp. 79 - 80, *Diálogo II*, XI, 1 - 7.

¹¹ Op cit. (n. 1) pp. 34 - 35, *V.M.*, X, 8 - 9.

de Martín?"¹¹ Totalmente de acuerdo con la política priscilianista.

4°.- Martín es elegido obispo de Tours por aclamación popular y cuando los habitantes de la ciudad temen que no acepte la mitra, sorprendentemente Martín acepta gustoso, no pone ninguna objeción y ejerce como obispo hasta su muerte. De acuerdo con el espíritu priscilianista.

5°.- Esta elección y consagración como obispo tiene la frontal oposición de los obispos de las diócesis limítrofes capitaneados por Defensor, obispo de Angers, sin duda pertenecientes al episcopado tradicional y funcionario, y Dios tiene que recurrir, según la biografía de Sulpicio, a un hecho milagroso para demostrar que Martín es digno de ser obispo a pesar de que, según sus enemigos, *"era indigno del episcopado un hombre de aspecto lastimoso, de cabellos desordenados y que vestía con suciedad"*.¹² Es evidente la pelea de los obispos funcionarios para evitar que ocupe la sede episcopal alguien imbuido del espíritu priscilianista.

6°.- Martín es tenido por priscilianista y acusado de tal por Itacio, como hemos expuesto más arriba, y el emperador Máximo estuvo a punto de condenarlo y castigarlo como tal.

7°.- A lo largo de todo el conflicto Martín está siempre a favor de los acusados priscilianistas y después de la muerte de los cabecillas lucha lo indecible por salvar la vida a los priscilianistas hispanos, cosa que consigue a cambio de ceder, aparentemente según Sulpicio, de sus creencias y entrar en comunión con los restantes obispos, aunque, también Sulpicio se encarga de dejarlo claro, no consiguieron que lo firmara por escrito.

8°.- El Martín que nosotros conocemos, pero que en definitiva es el Martín que nos ha llegado, está hecho un poco a la imagen y semejanza de su biógrafo, Sulpicio Severo, y no olvidemos que Sulpicio fue un hombre rico que renunció al mundo, se retiró a una especie de conventículo piadoso, admiraba a Paulino de Nola que juntamente con su esposa había renunciado, como él, a la vida sexual, y había estudiado en Burdeos donde posiblemente había conocido a Prisciliano.

9°.- Ya dentro del terreno de la conjetura, ¿Qué explicación dan los historiadores al hecho innegable de la multiplicación del topónimo, la advocación, el patronazgo de San Martín en muchísimos lugares de la Gallaecia? Supongo que fue debido a una identificación antigua de los primitivos gallegos priscilianistas con este obispo que los defendió y que lo hizo porque en todo momento estaba de acuerdo con su modo de pensar y actuar, es decir, que aunque no lo gritara públicamente por los riesgos políticos que entrañaba, era uno más de ellos. En el fondo políticamente era "de la oposición", lo que para mi fue un mérito añadido.

Éstas son algunas de las razones evidentes que se me ocurren, quizás sucesivas lecturas de la vida de Martín y un conocimiento más profundo de la doctrina priscilianista nos llevarían a encontrar otras, pero en el fondo siempre estará como translúcido tamiz la figura de Sulpicio Severo, su biógrafo. ¿Por qué Sulpicio admiraba a Martín estando él totalmente imbuido del espíritu priscilianista? Ahí puede estar la respuesta definitiva.

¹² Op cit. (n. 1) pp. 33 - 35, *V.M.* IX, 3.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

BABUT, E.- Ch.: *Priscillien et le Priscillianisme*. Paris, 1.909.

BABUT, E.- Ch.: *Saint Martin de Tours*. Paris, 1912. (2ª. Ed).

CHADWICK, H.: *Prisciliano de Ávila*. Madrid, 1978.

CODOÑER MERINO, C.: *Sulpicio Severo*. Obras completas. Madrid, 1987.

DELEHAYE, H.: "Saint Martin et Sulpice Sévère". *Analecta Bollandiana*. T. 38, 1.920. pp. 5 – 136.

FONTAINE, J.: *Vie de Saint Martin*. 3. vol. Texto latino, traducción y comentario. Paris, 1967.

GARCÍA MASEGOSA, A; GARCÍA GONZÁLEZ, M.: *San Martiño de Tours na súa época*. Ourense, 1.996.

GARCÍA MASEGOSA, A.: *San Martín de Tours, patrono de Ourense, en los textos antiguos*. Ourense, 1.994.

MADOZ, J.: "Arrianismo y priscilianismo en Galicia". *Bracara Augusta*. Vol. 8, 1957, pp. 66 – 87.

PRISCILIANO.: *Tratados y cánones*. Madrid, 1975